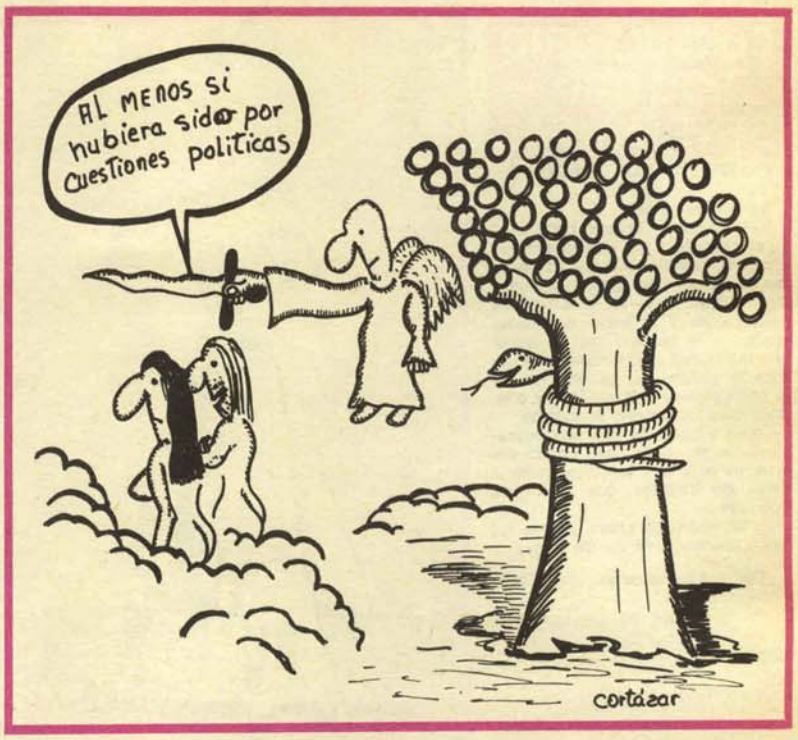
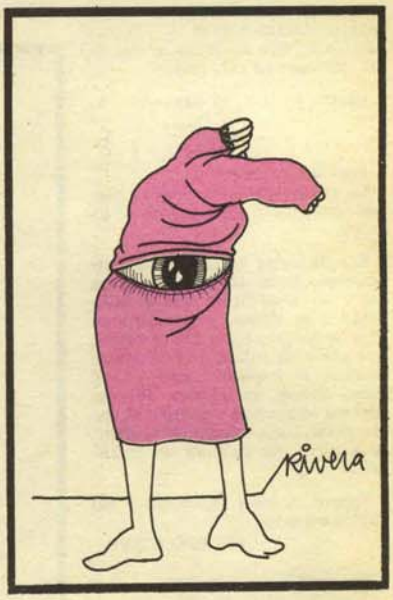
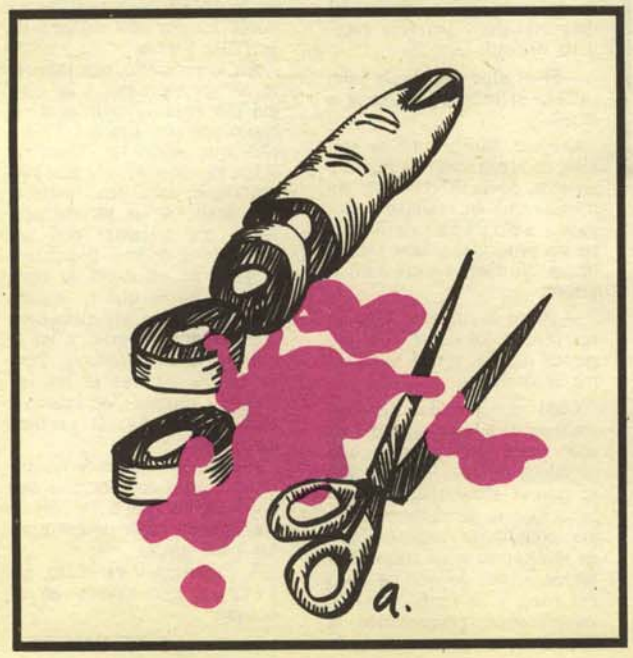
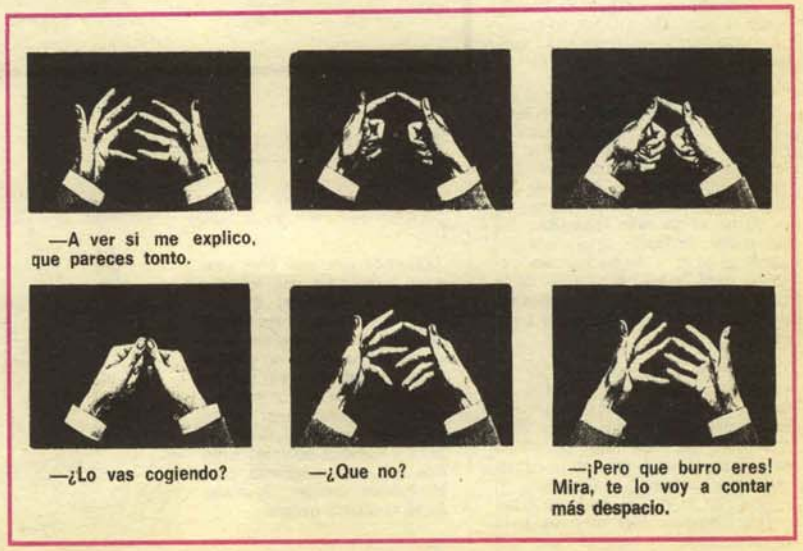
Señor director
de HERMANO LOBO
Madrid

Muy señor mío:

Le escribo para defender los derechos de la juventud de hoy, que mañana serán viejecitos arrugados y llenos de reúma. Estos jóvenes rebeldes de larga cabellera y guitarra al hombro a los que llaman «ye-yés», «hippies» y melenudos. ¿Por qué ese ensañamiento con la juventud actual? Los jóvenes tienen derecho a desmayarse ante un cantante de la nueva ola. Los países supercivilizados, como Inglaterra, tienen una juventud que se viste con pellejos de cabra, capotes de la Guardia Real y prefieren el amor a la guerra. Vaya mi aplauso para esos jóvenes que tienen por ametralladoras olorosos ramos de violetas, que disparan sus cañones con bellas margaritas y bombardean las ciudades enemigas con claveles y alhelíes.

Los jóvenes de hoy son enemigos de la burocracia, de la aristocracia, de la guerra, del trabajo aborregado, de las fábricas, de la violencia, del racismo, de la propiedad privada, del comercio y del dulce de membrillo que les quiere privar de la LSD. Los jóvenes de hoy viven para el amor y la música, y sólo con amor y música el mundo será un paraíso y contará con grandes autopistas, con grandes fábricas de fideos y grandes campos llenos de legumbres. A los jóvenes de hoy se les odia. Los jóvenes de hoy son unos incomprendidos, y yo, como toda esa juventud, soy rebelde, y si no fuera porque estoy casado hace ocho años, me iba a Inglaterra y me casaba con un señor que es arquitecto y además tiene título de nobleza. ¿Por qué no? Si a mí me gusta un arquitecto con los ojos verdes, ¿por qué me tengo que casar con una señorita de pálida tez? El hombre debe ser libre y casarse con lo que le dé la gana sin que la sociedad le señale con el dedo... ¡Como si quiere casarse con una oveja! ¿Por qué no? No me he enamorado nunca de una oveja, pero si algún día me enamorara de una oveja, me casaría con ella... Al fin de cuentas, la sociedad no me iba a mantener la oveja. A muchos hombres les da vergüenza enamorarse de otra cosa que no sea una señorita, sin embargo he conocido animales que estaban enamorados de personas. Cuando yo era niño, solíamos veranear en un pueblecito de la montaña y conocí una vaca que estaba enamorada del cartero del pueblo, una vaca monísima que se llamaba «Estrella de la Ribera»; también el cartero estaba enamorado de la vaca, pero por temor al qué dirán, por miedo a las murmuraciones de la gente, por temor al repudio de la sociedad, el cartero se casó con la hija de un sargento y fue muy desgraciado, y no digamos la vaca, que se casó con un toro de lidia y a los dos días de casada al marido lo destinaron a los Sanfermines. Sería estúpido tratar de explicar lo que sufrió esa pobre vaca viuda. Tal vez si esa vaca se hubiera casado con el cartero hubiera sido muy feliz, y el cartero casado con la vaca. No hay nada como la libertad y el amor. Y no hay nada tan bello como una larga cabellera descuidada, porque como dijo el filósofo aquel: «La melena en el león es signo de arrogancia, y en el hombre de prestancia, y en algunos de ignorancia darle forma de melón».

Me encantan esos bailes donde los jóvenes se descuajaringan «a go-go» y me encanta la minifalda, porque... pregunto yo: Cuando las mujeres de principio de siglo llevaban la falda hasta el suelo, ¿cómo sabíamos si tenían piernas o tenían ruedas? Conozco ancianos de aquella época que por no haber visto las piernas de su novia hasta después de casados, se encontraron la noche de bodas con que su recién estrenada esposa tenía una pata de madera. Mi abuelo, sin ir más lejos, se casó con una señorita muy alta, y a los dos meses de casado descubrió que medía un metro treinta de estatura. ¿Por qué? Porque mientras fueron novios, ella salía de paseo subida a hombros de una hermana suya, que se ocultaba bajo la larga falda, cosa que no hubiera ocurrido de existir la minifalda; por eso: ¡Viva la minifalda y viva la juventud de hoy! Dejemos que los viejecitos labren la tierra. Nosotros los jóvenes, a tirarnos flores y a bailar «a go-go», que es lo nuestro.

Y sin otra cosa por hoy, reciba muchos besos de su s. s. s.

GILA